

MIEDO



Hay que ser muy valiente para vivir con miedo.
Contra lo que se cree comúnmente,
no es siempre el miedo asunto de cobardes.
Para vivir muerto de miedo
hace falta, en efecto, muchísimo valor.

ÁNGEL GONZÁLEZ

Hoy, sin embargo, confío en mi fuerza.
Estoy definitivamente sola y confío en mi fuerza.

Viernes 9 de julio de 1965

ALEJANDRA PIZARNIK



ALGUNOS MIEDOS



Hay muchas cosas que te dan miedo
no que se vaya la luz
no un trueno pero sí el rayo no un fantasma
pero sí su nombre
porque cuando las cosas tienen nombre
existen
pesan y deambulan.
A veces, incluso tienen un pasado
y ese tiempo superado es tiempo ignoto
aunque finjas leerlo en manuales de historia
aunque creas haber estado allí.
Ese tiempo pasado se olvida
como se olvida el color de las olas en retirada
como se olvida el sonido de las hojas al moverse
como se olvida la última sonrisa de una vida antigua.
Cuesta trabajo el recuerdo
quebrado
fracturado en imágenes que se agolpan
y ocupan espacio
que se atascan
como se atascan las risas y el llanto
(llanto singular, risas plural)
eso también da miedo.



Miedo: *angustia por un riesgo o daño real o imaginario.*

Etimológicamente el miedo es
la falta de oxígeno ante lo que pueda pasar
la parálisis por la incertidumbre (somos animales de
costumbres).

El dolor del sufrimiento

manos agarradas por bridas
aprensión por lo que no tiene arreglo
por lo que se ve venir de lejos: caos, ruido.
Explosión en décimas de segundo.

Estallido inesperado de todo lo que conocías. Miedo es
sentarse a esperar lo que no sabes que tiene que venir
sentir un cimbronazo
acusarlo físicamente

que te ataque con un puñal clavado en el pecho
que reviente desde el engaño
desde el disimulo

mirando para otro sitio antes de disparar.
Y se escucha un silbido afilado
un susurro de voces.

Lo que imaginas da más miedo
lo que piensas que puede pasar. Por las noches
a oscuras (a solas) con tus pensamientos
el miedo se apodera de los resquicios vacíos
y de los pliegues del recuerdo

ahí donde anidan las cosas

abandonadas

es donde habita ese miedo invasivo
traición constante – traición atávica.

Da más miedo un susurro
que un grito
un roce

que un empujón
un descuido
que un casi que un sin querer que un tal vez
mañana.

Se hace de noche, cierras los ojos
¿ves algo? ¿oyes algo?

Miedo pánico, divinidad con pezuñas y bastón
sonido aflautado sostenido en el aire.
Pánico a cruzar las calles.
Pánico al cinturón de seguridad mal abrochado
a la osadía de la edad y la ligereza.
Miedo asfixiante –tragado para seguir viviendo–
solo deja coger aire con respiraciones de parturienta:
rápidas – entrecortadas – intentando mantener el
ritmo sin hiperventilar.
Entiendes que ahora te toca ese miedo
igual que antes les tocó a otros.
Apisonadora
que surca la rutina de días frágiles.



Dice una guía infantil de cuidados que
entre los siete y los doce meses da tanto miedo bañarse
como separarse de una madre. Con cuatro años
los monstruos y el abandono
y a partir de los ocho los exámenes y la muerte.
Te encantaría saber qué debe darte miedo con más de
cuarenta y cinco
porque al avanzar por esa lista los miedos se acumulan
vas sumando
te quedas con uno o dos de cada etapa y sigues.
Has repetido muchas veces en voz alta
(para que parezca dicho por otro)
que el miedo es síntoma de inteligencia
que eso dicen los estudios especializados
—publicados en no sabes qué revista científica—
que es un recurso de protección. Pero
sentir miedo constante cansa mucho
saber que cada paso es un logro robado a su sombra
se endurece como una postilla.
Te crees tus propios panfletos (qué podrías hacer si no)
solo te quedaría sentarte a esperar habiendo cerrado
la puerta por dentro
 como en esa extraña primavera de otro poema
 como en el cuento de Cortázar.
Si dejaras que ganase la batalla
tendrías que dibujar un círculo a tu alrededor
(una línea de color rojo) y mantenerte dentro.
Fuera solo abismo.
Dentro seguridad y final.
 Pero si solo cabes
 tú
 no sirve.